

La experiencia de articulación con el sector público

Fuad Chahin

Julio 2005

La pregunta que sirve de base a la intervención del sector público en una iniciativa como la de MOMIC, es que nos vemos enfrentados a una nueva etapa en el diseño y ejecución de las políticas públicas.

Pasamos por el proceso de políticas públicas altamente concentradas desde el actor público, y donde los diversos actores de la sociedad civil y política orientaban su quehacer hacia un punto de referencia, que M. A. Garretón ha denominado estado-céntrica, que solo respondía a las demandas y que desde esta perspectiva era una gran caja de resonancia de estas peticiones.

De un modo general, estas políticas universales fueron negadas desde la focalización y posterior habilitación donde el acento estaba en los individuos y en la generación de capacidades para enfrentar las situaciones que formaban parte integrante del problema social en cuestión.

Hoy nos vemos enfrentados a un nuevo estilo, que logre congeniar la mirada macro y micro de los problemas sociales y dentro de las cuales los denominados beneficiarios sean sujetos activos de dicho diseño y ejecución.

En esta perspectiva, un tipo de intervención bajo la filosofía del MOMIC requiere explicitar los criterios orientadores del por qué el sector público entra en diálogo y acuerdo con otros actores.

En primer lugar, el principal desafío es que tenemos que hacernos cargo del actual contexto social. Existen nuevas lecturas y que en Chile han sido reveladas de modo claro por los diversos informes sobre Desarrollo Humano elaborados por el PNUD. El punto, en nuestra opinión, es que al hacernos cargo de dichos mapas y gramáticas sociales, debemos en consecuencia, asumir las tensiones señaladas y cómo ellas, de modo relevante, nos plantean nuevas exigencias sobre orientaciones y metodologías en el trabajo de los diversos problemas actuales que forman parte de la realidad actual.

Para estos efectos, hay tres elementos que deben estar presentes en el desarrollo de un trabajo coordinado entre actores y comunidad, y lograr con ello que su intervención no solo genere un primer piso, sino que logre una línea de sustentabilidad y efecto demostración en otros, en actores con capacidad de gobernar sus actos y asumir las responsabilidades sociales de sus propios diseños.

La primera entrada, da cuenta de la tensión de la intersectorialidad. Es un lugar común que muchos actores en el espacio local compitan, no importando el tema o la contraparte, por un nicho que aparece puesto en el territorio. Hay que llenarlo, llegar primero, sacar los compromisos; en suma, incluso esconderlo de los otros. El desafío en consecuencia, es generar los espacios de conversaciones abiertas y flexibles, es coordinar las acciones

necesarias para hablar, compartir, escuchar, cambiar, evaluar, reconocer errores, re-mediar, en suma, fortalecer un estilo de redes habilitadora y habilitante.

Estamos ciertos que la pretensión de intersectorialidad es una abertura a mirar los problemas y el trabajo más allá de la disciplinariedad. No nos basta una sola mirada. Las pinceladas de la realidad requiere de los trazos de todos; metodológicamente es lograr que la triangulación tenga presente las diversas modalidades de la observación y calificación.

En segundo lugar, reconocer que toda propuesta de intervención es hoy una propuesta de metodología abierta y flexible. Toda propuesta en el espacio local es una promesa para integrar miradas y desde ese compartir señalar el sueño posible y verificable de una intervención compartida.

Estamos anticipando, en consecuencia, la política social, que basada en directrices generales sea capaz de confiar en espacios de coordinación participativos para lograr que el diseño, la ejecución y su posterior evaluación tenga a los técnicos y los beneficiarios partícipes en el mismo espacio y tiempo de su conversación.

De este modo, este tipo de metodología anticipa procesos de planificación y ejecución desde y con las personas y reconoce en los territorios, sean a nivel local como regional, la viabilidad de la propuesta, y que dicha cercanía logre que los diversos actores sientan la pertinencia de la propuesta de intervención.

Estos dos aspectos mencionados, nos lleva a lo que estímanos es el punto central de toda propuesta metodológica intersectorial a nivel comunitaria. Generar conversaciones con ciudadanos. Pero no en el nivel abstracto de su idea, sino individuos que ejercen derechos y desde esas capacidades establecer espacios institucionales basados en su promoción y respeto.

Las orientaciones de dicha integralidad están en los ámbitos del empoderamiento y del control ciudadano que toda sociedad debe, en sus diversos niveles, generar en tanto espacios de convivencia democrática. A través de las intervenciones locales se logra generar empoderamiento y control ciudadano y participando de dichos procesos se logra instalar un efecto de demostración y sinergia, hacia las autoridades como a otros participantes. Logramos con ello que el capital social sea efectivamente un elemento que denota la calidad de los vínculos y del proceso al interior del cual dichos participantes son parte. Algo tan simple como obvio.

Putnam (1995), delimita conceptualmente el capital social como los “mecanismos de la organización social tales como las redes, normas, y la confianza social que facilita la coordinación y cooperación para beneficios mutuos”.

La idea de capital social tiene, respecto de las organizaciones, desafíos en el orden de su estructura, su funcionamiento y de su capacidad de rediseño importantes implicaciones para el desempeño de las organizaciones y las instituciones, como respecto de los ciudadanos en tanto activos para coordinar sus vidas y las relaciones que se derivan respecto de los otros, así como en los mismos ciudadanos.

Las comunidades frente a este activo, que facilitan la coordinación y la cooperación para la

vida en común, pueden acceder a mecanismos que incrementen su capital social facilitando procesos que implican más habilidades, valores y capacidades sociales, etc.

Este activo, que está en las relaciones sociales, que media dicha vinculación, explicita al factor de la intencionalidad que se juega en cada relación social. Levanta, en consecuencia, que dicho activo esté presente, que dada su capacidad de ser producida socialmente, es posible explicitarla y colocarla en un nivel de mayor conciencia sobre los efectos que ella tiene en el programa de la vida que tanto los individuos como las comunidades y los grupos son capaces de producir. Un activo que cambia según la percepción que los propios individuos y la comunidad tienen de ellos, y en dicho cambio no solo incrementa sino también puede significar disminución de los aspectos que en un momento determinado ha sido socialmente considerado como valioso.

El capital social es un recurso conjuntamente poseído, más que controlado por un solo individuo o una entidad organizacional. Tanto de la organización como de cada uno de sus miembros se incorporan aspectos públicos y privados al capital social.

Lo relevante, es que en un proceso de intervención comunitaria no buscamos calificar lo existente. Es relevar, hacer visible sus capacidades y en dicha relación lograr que la voz abierta en las conversaciones sean voces permanentes en los diversos niveles de la gestión pública y ciudadana.

Dichas condiciones habilitadoras de la voz deben reconocer las actuales condiciones de existencias. Que en el nivel de los jóvenes debemos reconocer la existencia de un habla social fuertemente fragmentaria, de exclusión y producción de nuevas formas de legitimación de identidades, espacios de legitimación de sus actos tanto materiales como mentales, y desterritorialización de la memoria, sin vínculo con procesos de conformación de los espacios locales, sus luchas como la nominación de su identidad social.

Bibliografía

- Bourgault, J. y R. Lapierre (2000), Horizontalidad y gestión pública. Informe final, Escuela Nacional de Administración Pública.
- INJUV (2004), La Integración social de los jóvenes en Chile 1994-2003. Individualización y estilos de vida de los jóvenes en la sociedad del riesgo, Santiago, Gobierno de Chile, MIDEPLAN.
- Empresas Canadienses por la Responsabilidad Social, (2005). Alianzas para la Innovación: Conduciendo el cambio a través de alianzas Empresa/ONG.
- Fajardo, Marcela y Milos, Pedro (2000), Capacitación de jóvenes en situación de pobreza y riesgo de exclusión, Montevideo, CINTERFOR.
- Jacinto, Claudia (2000), "Comentarios al estudio de Chile", en Formación, pobreza y exclusión, Montevideo, CINTERFOR.
- Espinoza, Vicente (2003), Ciudadanía y Políticas Sociales. Programas Públicos para Jóvenes Chilenos en la década de 1990, CLASPO Red Latinoamericana de Política Social.
- Touraine, Alain (1996), "Juventud y democracia en Chile, dos imágenes de juventud", en Revista Iberoamericana de la Juventud No. 1, Madrid, OIJ.

Reseña Biográfica

Fuad Chahin, Director, División de Organizaciones Sociales del Ministerio Secretaría General de Gobierno, Santiago, Chile

